
PARTIDOS POLÍTICOS Y MOVIMIENTOS SOCIALES EN COLOMBIA Y VENEZUELA: ENTRE CAUDILLISMO Y PATERNALISMO*

Jorge Orlando Blanco Suárez**
Universidad Distrital Francisco José de Caldas
joblancos@unidistrital.edu.co

Abstract

El objetivo del presente trabajo es dar cuenta de las divergencias y convergencias en los desarrollos históricos de la relación entre movimientos sociales y partidos políticos en Colombia y Venezuela. Para tal fin, se abordan los elementos comunes y divergentes en las estructuras de los sistemas políticos de los dos países a partir del análisis documental crítico. Se plantea que en Venezuela el desarrollo de un poder político fincado en el caudillismo, aunque permite una interacción constante entre movimientos sociales y partidos políticos, la sociedad política termina por absorber a los movimientos sociales haciendo que éstos pierdan autonomía y capacidad de influencia. En Colombia, el paternalismo y formas tradicionales de dominación han bloqueado el desarrollo de movimientos sociales de afectación nacional y éstos han sido condenados a la marginalidad. El texto presenta algunos elementos que permiten comprender la contemporaneidad de los movimientos sociales con relación a los sistemas políticos.

Palabras clave

Democracia, partidos políticos, movimientos sociales, sociedad civil, sistema político.

Abstract

The aim of the present work is to understand divergences and convergences in historical developments of the relation between Social Movements and Political Parties in Colombia and Venezuela. In order to obtain the former, common and diverging elements through structures of political systems in both countries are tackled, undertaking a documentary critical analysis. It is explained that in Venezuela the development of a political power built in hero-worshipping, although allows a constant interaction among social movements and political parties, political society finally absorb social movements making them lose autonomy and capacity of influence. In Colombia, paternalism and traditional

Fecha de recepción del artículo: 3 de abril de 2011.

Fecha de aprobación del artículo: 26 de mayo de 2011.

* Artículo producto de la investigación titulada Movimientos sociales y democracia en Colombia y Venezuela, desarrollada por el autor dentro del Grupo de Investigación Amautas, de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Investigación finalizada.

** Licenciado en Ciencias Sociales, magister en Análisis de Problemas Políticos, Económicos e Internacionales Contemporáneos; docente de planta de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, adscrito a la Facultad de Ciencias y Educación, Proyecto Curricular de Ciencias Sociales; miembro del Grupo de Investigación Amautas: Pedagogías Críticas y formación de sujetos políticos; miembro de la Línea de Investigación Democracia, movimiento sociales y formación de sujetos políticos.

ways of domination have blocked the development of social movements with national affectation condemning them to marginalization. The text presents some elements which allow understanding contemporaneity of social movements MM. SS regarding political systems.

Key words

Democracy, politic parties, social movements, civil society, political system.

Introducción

Durante la segunda mitad del siglo XX, Colombia y Venezuela, junto con Costa Rica, fueron considerados países atípicos en lo que tiene que ver con la aparente estabilidad de sus democracias en el contexto de América Latina. Esta estabilidad junto al hecho de que no fueron víctimas del establecimiento de dictaduras (exceptuando, claro está, la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla en Colombia entre 1953 y 1957), hacía pensar que sus democracias eran las más estables y, para el caso colombiano, antiguas de la región. No obstante, en los años ochentas las democracias de Colombia y Venezuela comenzaron a vivir procesos de tensiones sociales crecientes. Venezuela experimentó de manera profunda la crisis de sus partidos políticos (Acción Democrática y COPEI) que habían logrado el control hegemónico de la política nacional, producto de lo que muchos han catalogado como la crisis del modelo rentista-petrolero y de mediación populista que había garantizado su estabilidad económica y política. La década de 1980 fue testigo de crecientes movilizaciones sociales, las cuales encuentran su cenit en 1988 luego de la masacre de El Amparo y luego con el ya conocido Caracazo el 27 de febrero de 1989.

A partir de ahí, los partidos políticos afrontan crisis de reconocimiento y repre-

sentatividad; las demandas ciudadanas se dirigen hacia la deslegitimación de estas estructuras partidistas, la ampliación de la democracia a través de una más real descentralización política y administrativa, entre otras. Los dirigentes de AD y COPEI son acusados de corrupción y de haber llevado el país a la debacle económica, así como de adelantar procesos de reforma económica que empobrecerían aún más a las mayorías. En 1992, la democracia venezolana vive dos intentos fallidos de golpe de Estado; el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez (1989-1993) afronta crisis de legitimidad y es acusado de apropiación indebida de recursos públicos; la “política de calle” durante su gobierno lo condujo primero a la destitución y luego al autoexilio, acusado de desfalco. Las manifestaciones fueron reprimidas y el Caracazo, se afirma, produjo cerca de 400 víctimas mortales.

En el caso colombiano, la pérdida de legitimidad de los partidos políticos tradicionales que habían gobernado al país, también de manera hegemónica, pero desde la segunda mitad del siglo XIX, se hace evidente, también con mayor intensidad a partir de los años ochentas. El clientelismo exacerbado, generado por el Frente Nacional que produjo la autonomización de las élites regionales; la intensificación de la violencia política, el narcotráfico, la pobreza, la

exclusión y la corrupción generalizada también generan movilizaciones sociales que son respondidas con violencia por parte de fuerzas del Estado y actores ilegales, para-estatales. El año 1977 puede considerarse uno de los de mayor movilización social en Colombia, pues en septiembre de este año se desarrolló un paro cívico que ha marcado las conciencias de los luchadores sociales como uno de los más exitosos pero también como el inicio de una represión estatal y paramilitar intensificada.

En los dos casos, producto de estas crecientes tensiones sociales, pero también como producto de intentos de relegitimación de los partidos políticos tradicionales, comienzan a darse procesos de reforma política y administrativa a finales de los años ochentas. En Colombia estas reformas van a conducir al establecimiento de un proceso de descentralización política y administrativa con la elección popular de alcaldes, establecida en 1986 y ejecutada a partir de 1988. En Venezuela, con la creación de la Comisión para la Reforma del Estado (COPRE) a mediados de los años ochentas, se establece también la descentralización y la elección popular de alcaldes. Estas luchas y procesos de movilización social se dirigen hacia el establecimiento de una democracia participativa que posibilitara la entrada de nuevos actores sociales y políticos a las administraciones locales, inicialmente. Los partidos políticos profundizan sus crisis y estas reformas van a servir para el surgimiento de nuevos liderazgos dentro de las políticas institucionales.

La interpretación de las diferencias estructurales de las formas políticas partidistas y del papel que en éstas han jugado y pueden jugar los movimientos sociales

es el objetivo del presente documento. Se mostrará en primera instancia una aproximación histórica a los elementos estructurales que diferencian las formas de hacer política en estas dos sociedades, el peso del caudillismo en Venezuela y del paternalismo autoritario en Colombia.

En segundo lugar, se expondrá la manera en que se constituyen los partidos políticos venezolanos que lograron hegemonizar el espacio político y la forma en que, en gran medida, determinaron o condicionaron la acción de los movimientos sociales dentro de una sociedad marcada por el caudillismo y la centralización del poder en actores políticos de dimensión nacional. La lectura de este proceso va de mediados de los años treinta, momento en que surgen como actores políticos protagónicos, hasta los años setentas y ochentas, momento en que se evidencia, luego de años de consolidación, indicadores de crisis de legitimidad. Se dará cuenta del auge y caída del sistema bipartidista venezolano, exponiendo distintas hipótesis que pretenden explicar este proceso, fundamentalmente desde el estudio de los partidos políticos, sus estructuras y formas de acción, para luego mostrar el papel jugado por los movimientos sociales, antes, durante y después de la crisis del sistema político venezolano del Pacto de Punto fijo y durante la configuración del nuevo sistema político que algunos califican de antipartidista y autoritario, pero otros de democrático, participativo y popular.

En tercer lugar se hace un resumido balance del desarrollo de los partidos políticos tradicionales colombianos durante la segunda mitad del siglo XX principalmente y la manera como éstos han sido afectados por la activación de actores sociales colec-

tivos independientes a partir de los años ochentas. En esta última parte, se compara la manera en que dentro de dos estructuras de democracia representativa de carácter restringido, han actuado los movimientos sociales. Se parte de la hipótesis de que en Venezuela, a diferencia de Colombia, los movimientos sociales han estado marcados por el desarrollo de fuerzas políticas que logran constituir consensos de carácter nacional o nacionalista, con fuertes bases populares. Dentro de estos consensos o articulaciones parciales, los partidos políticos terminan por absorber a los movimientos sociales, haciéndolos perder sus horizontes y autonomía, todo esto ayudado por procesos de institucionalización, lo que no significa su desaparición como actores políticos independientes. Por otro lado, se asume que en Colombia ningún movimiento o partido político ha logrado el establecimiento de consensos nacionales con sustento popular duradero y, por tanto, aún paradójicamente, y sin posibilitar el fortalecimiento de movimientos sociales capaces de impactar profundamente el sistema político, los movimientos sociales colombianos se mantienen con márgenes mayores de autonomía, aunque de manera más fragmentada que en el caso venezolano.

Metodológicamente, la investigación se asume como un estudio de análisis político comparado. Para tal fin, se partió de establecer las categorías de análisis o variables de comparación. De lo que se trató entonces fue de estudiar los desarrollos históricos del bipartidismo venezolano y colombiano, teniendo la mirada siempre centrada en la manera como éstos se han relacionado, también históricamente, con los movimientos sociales y con la sociedad civil en

general. Desde esta perspectiva, se trató de buscar los modos en que los movimientos sociales han contribuido al desarrollo de la democracia en los dos países de estudio. En términos de fuentes usadas, la investigación giró principalmente en torno a la lectura de libros, artículos académicos y tesis producidos en cada país, buscando siempre la confrontación de las distintas interpretaciones, las convergencias y divergencias con relación al problema objeto de investigación. El eje de búsqueda de información fue, básicamente, estudios que plantearan, para cada país, la relación entre movimientos sociales y partidos políticos. A partir de allí, se intenta una síntesis teórica de lo que ha sido estas relaciones de tensión y acercamiento en distintos momentos históricos.

1. Raíces históricas de las estructuras políticas de Colombia y Venezuela

Durante el siglo XIX, Colombia y Venezuela viven permanentes estados de inestabilidad al afrontar varias guerras civiles y frecuentes períodos de dictaduras nacionales o estatales. En éstas, los poderes locales se disputan permanentemente el poder central sin lograr de manera definitiva su hegemonía nacional. Durante el siglo XX las dos sociedades logran constituir regímenes políticos más estables, aunque en el caso de Venezuela las dictaduras fueron una marca central de la primera mitad del siglo XX, hasta 1958. El bipartidismo caracterizó a la sociedad venezolana de la segunda mitad del siglo XX, lo mismo que a la colombiana. Las dos sociedades fueron testigos del establecimiento de regímenes bipartidistas para el aseguramiento de la estabilidad del sistema, en Venezuela conocido este pacto como de Punto Fijo, y en Colombia como Frente Nacional. Las dos

sociedades recibieron el apelativo, desde el punto de vista de las élites nacionales, así como internacionales, junto con la sociedad costarricense, de ser las democracias más estables de América Latina. En el caso colombiano, se ha llegado a decir que es la democracia más “antigua y estable de América Latina”¹.

No obstante, bajo estas similitudes aparentes, y tras estas calificaciones, se esconden procesos de exclusión política, violencia y desintegración, así como estructuras sociales que es necesario precisar para comprender el papel de los movimientos sociales en el desarrollo de las democracias de Colombia y Venezuela. Esto, teniendo en cuenta las diferencias de sus estructuras sociales y sus sistemas políticos. En este sentido, se puede decir que el caudillismo² caracteriza a la sociedad venezolana, y no a

la colombiana; los partidos políticos venezolanos tienen una más corta historia en comparación con los colombianos; durante mucho tiempo la sociedad civil venezolana logra ser absorbida por la sociedad política y la nación venezolana logra constituirse y consolidarse gracias al petróleo, como plantean varios autores, mientras que la colombiana no lo logra mediante ningún factor o elemento y se ha llegado a decir que nuestra sociedad es una nación a pesar de sí misma³. A Colombia la caracterizarían más el paternalismo y el autoritarismo⁴ que el caudillismo, entre otras diferencias fundamentales o estructurales; por diversos factores la sociedad civil colombiana (aunque dominada la mayor parte de ésta por agentes de las élites económicas y religiosas), ha conservado una mayor heterogeneidad y ciertos grados de autonomía, aunque puede reconocerse más fragmentada que la venezolana.

La historia política de las democracias de Colombia y Venezuela estuvo marcada, durante gran parte de la segunda mitad siglo XX por el establecimiento de regímenes bipartidistas, en los que los dos partidos más fuertes en cada país (en Venezuela Acción Democrática y COPEI, en Colombia el partido conservador y el partido liberal), intentaron y, en gran medida lograron (en Venezuela, con más intensidad) el control hegemónico del espacio político. Este control se logró a través del establecimiento de

¹ El mito de la “democracia más antigua y estable de América Latina” se ha convertido en uno de los soportes ideológicos para la defensa de un sistema político carcomido por múltiples problemas. Efectivamente, este país no ha vivido largos períodos de dictadura e institucionalmente es muy estable, pero también se puede decir de su democracia que es débil. Sobre la manera como los medios de comunicación han servido para reproducir este mito, véase: BLANCO, Jorge Orlando, *La democracia colombiana en el discurso de El Tiempo*, en: *Administración & Desarrollo* No. 45, enero-junio de 2006, pp. 41-71.

² Sobre el caudillismo como característica del sistema político venezolano, véase: MEDINA, Medófilo, *El elegido presidente Chávez. Un nuevo sistema político*, Ediciones Aurora, primera ed., Bogotá, 2001. Para conocer una mirada histórica de la configuración del caudillismo como elemento estructurante de la política venezolana, véase LINCH, Jhon, “Bolívar y los caudillos”, en AA.VV., *Colombia en el siglo XIX*, Banco de la República.

³ BUSHNELL, David. *Colombia, una nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos hasta nuestros días*, trad. de Claudia Montilla V., quinta ed., Planeta, Bogotá, 2006.

⁴ Sobre el peso significativo de estos tipos de dominación, véase GUILLÉN MARTINEZ, Fernando, *El poder político en Colombia*, Ed. Planeta, Bogotá, 1996.

pactos o acuerdos en los que los mismos se repartían el poder de Estado, de manera simétrica, dejando por fuera otras opciones políticas y alternativas de desarrollo, como en el caso colombiano, o imponiendo mecanismos que en la práctica aseguraban el control hegemónico del aparato de Estado y la sociedad civil, estableciendo regímenes de coalición, independientemente de cuál fuera el resultado electoral, como en el caso venezolano.⁵

De esta manera, los partidos políticos se establecieron como los soportes únicos y exclusivos (también excluyentes) de nuestras democracias. Cualquier opción por fuera de los mismos era puesta bajo sospecha, condenándola a la marginalidad política u obligando a estas opciones a escoger vías no institucionales para el acceso al poder, a través de la lucha guerrillera, casi desde el mismo momento de constitución de los pactos. (En Venezuela, el partido comunista, así como algunas facciones de Acción Democrática optan por esta vía, aun después de apoyar participar de la edificación de la democracia y de apoyar la Constitución de 1961, promovida principalmente por AD y COPEI y el URD⁶).

No obstante estas similitudes, el proceso de desarrollo de las dos democracias se

aleja profundamente, pues la trayectoria de los actores sociales y políticos involucrados está condicionada por estructuras políticas y sociales heterogéneas e incluso contradictorias en los dos países. Estas diferencias sirven para explicar las dinámicas que atraviesan los mismos desde los años ochentas, cuando coinciden crisis de representatividad que, en el caso venezolano, van a conducir a la debacle definitiva del régimen de Punto Fijo y el sistema de partidos edificada por AD y COPEI, pero que en el caso colombiano no logran debilitar las formas de apropiación del poder de Estado por los políticos tradicionales dominantes, aunque sí se impactan profundamente las identidades políticas tradicionales de los partidos liberal y conservador.

2. Partidos políticos y movimientos sociales en Venezuela. Una relación de amor y odio

Una vez hecha esta corta presentación de las diferencias y similitudes de los sistemas políticos de Colombia y Venezuela, pasaremos a revisar más extensamente los desarrollos históricos de dichos sistemas. En esta dirección, diremos para empezar que en Venezuela el Pacto de Punto Fijo es el resultado final de un proceso que comienza a desarrollarse a finales de la larga dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-1935). El fin de este régimen, a pesar de no ser el resultado de una fuerte movilización social⁷,

⁵ MOLINA, José E. *Venezuela* (notas introductorias al estudio de los partidos políticos venezolanos), en: ALCÁNTARA, Manuel y FREIDENBERG, Flavia (coords.) *Partidos políticos en América Latina. Países Andinos*, Fondo de Cultura Económica - Instituto Federal Electoral, México, 2003, p. 490.

⁶ Véase CORONIL, Fernando, *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*, Consejo de desarrollo científico y humanístico de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 2001, segunda parte.

⁷ Esta afirmación no desconoce el hecho de que ya a finales de los años veinte comenzaron a gestarse organizaciones estudiantiles y movilizaciones sociales en contra de la dictadura del general Juan Vicente Gómez. Al respecto de estas movilizaciones, véase: SALAMANCA, Luis, *La sociedad civil venezolana en dos tiempos. 1972-2002*, en: *Revista Politeia*, vol. 30, No. 30,

sino de la muerte del dictador por causas naturales, se convierte en el escenario de los primeros movimientos sociales y políticos que buscaban la apertura del sistema político para una creciente clase media excluida del mismo.

Este proceso da como resultado el protagonismo de algunos sectores de estudiantes universitarios, intelectuales y organizaciones de la sociedad civil, que a la postre sirven de base para el nacimiento de Acción Democrática, para la legalización temporal del Partido Comunista Venezolano, el surgimiento de la (Unión Republicana Democracia) URD y, más tardíamente, de COPEI. Estos actores comienzan un proceso de visibilización en la búsqueda de la construcción de la democracia en Venezuela, pero teniendo como telón de fondo la lucha por el poder de un Estado que, gracias al petróleo, ha ganado centralidad como constructor de la nación desde la dictadura de Juan Vicente Gómez.

Con la muerte del dictador, Venezuela entra en un período de relevo entre dictadura y democracia, en el que los distintos actores involucrados (fuerzas armadas, movimientos y partidos políticos) se disputan el poder, pero una vez lo alcanzan se distancian de sus bases o de sus redes de apoyo, aislándose y deslegitimándose progresivamente. Ejemplos de estos ciclos de ascenso y descenso de las fuerzas políticas son representados por el primer gobierno democrático que se establece en Venezuela en 1945. En este momento Acción Demo-

crática logra un consenso temporal con los militares, y desarrolla las primeras elecciones democráticas con sufragio universal. No obstante, este partido, según plantea Fernando Coronil⁸, se apropia del Estado y usa sus crecientes recursos, producto de la expansión petrolera, para buscar legitimidad por medio del tejido de redes clientelistas, junto con la desmovilización progresiva de sus redes sociales de apoyo, representadas por los trabajadores y otras organizaciones sociales. De este modo, se sustituye el respaldo popular por el respaldo clientelista, lo que al final contribuye no a la consolidación de la legitimidad de Acción Democrática, sino a su aislamiento y deslegitimación social y política.

Una vez se aísla viene el golpe militar encabezado por Marcos Pérez Jiménez en 1948, sin que se produjera ningún tipo de resistencia popular. Este nuevo dictador, bajo un discurso democrático que cuestiona la monopolización del poder por parte del partido derrocado, pero con la ayuda de las armas, defiende una mayor articulación política entre los actores involucrados. Esto, nuevamente no se logra, pues los líderes del golpe, apoyados principalmente por las fuerzas armadas, buscan su propia permanencia y rápidamente se deshacen del discurso democrático para hablar mejor de modernización y progreso material. Mediante este giro ideológico se produce el abandono de las redes clientelares que edifica y, de este modo, a pesar de intentar transar con los actores involucrados en la defensa de la dictadura y en un contexto de difícil negociación con las multinacionales petroleras, también pierde apoyos y, pese a convocar a unas elecciones en 1952

Instituto de Estudios Políticos, Universidad Central de Venezuela, Caracas, enero de 2003. Versión On line disponible en: http://www2.bvs.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0303-7572003000100008&lng=es&nrm=iso

⁸ CORONIL, Fernando. *Op. cit.*

(elecciones que pierde su máximo líder), se entroniza como dictadura militar, pero perdiendo adeptos nacionales y aliados externos.

La dictadura de Pérez Jiménez dura 10 años, en los que progresivamente pierde el respaldo de sus redes de apoyo aun dentro de las mismas fuerzas militares. El fin de la dictadura, el 23 de enero de 1958, se marca como el inicio de la modernidad política venezolana y en este momento las fuerzas políticas que venían constituyéndose desde mediados de los años treinta logran el establecimiento de un pacto de unidad que pretende impedir el nuevo establecimiento de regímenes dictatoriales. Este pacto se da en un contexto internacional caracterizado por el enfrentamiento entre capitalismo y socialismo y, en América Latina, por el combate del “extremismo comunista”.

Por esta razón el Partido Comunista Venezolano y otros sectores políticos (entre ellos el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR) quedan excluidos del mismo y optan por la lucha armada. Del mismo modo, el Pacto se establece en un contexto de crecientes recursos para el Estado como resultado de la expansión de la explotación petrolera. Esta disponibilidad de recursos posibilita el trámite de demandas sociales dentro del marco de la unidad, al menos temporalmente. Venezuela vive una bonanza petrolera, que hace pensar a las élites en el definitivo establecimiento de la democracia y en el definitivo control del aparato de Estado por parte de sus burocracias.

No obstante, nuevamente las redes de apoyo y vastos sectores sociales quedan excluidos; la miseria, la marginalidad y la corrupción administrativa aumentan significativamente pese a (gracias a) la

abundancia de recursos, y dicho pacto entra en un profundo proceso de deslegitimación ya desde finales de los años setentas, pero que empeora a finales de los años ochentas. Durante ésta última década, la bonanza termina y son cada vez más las presiones internacionales para la apertura económica y una menor participación del Estado en el desarrollo económico. Es durante los años ochentas cuando Venezuela vive un clima de conflictividad social creciente, producto de los intentos de los distintos gobiernos de aplicar los dictámenes del Fondo Monetario Internacional, dirigidos a la disminución de la participación estatal en la economía, la reducción del déficit fiscal, etc.

Volviendo un poco, para algunos analistas el Pacto de Punto fijo fue entonces el resultado del aprendizaje de los ciclos anteriores en los que la inestabilidad era la regla. Desde este momento se le daría prioridad al discurso de la unidad nacional frente a los intereses partidistas, a fin de evitar futuras tensiones o futuros golpes de Estado. Mediante el mismo, se logró la articulación no sólo de las fuerzas políticas sino también de las organizaciones e instituciones sociales más representativas como la CTV, fundada por un líder de Acción Democrática en 1936, FEDECÁMARAS, fundada en 1944, la Iglesia católica y las propias fuerzas militares. Así, unos partidos con vocación popular y autodenominados partidos de masas, logran poner a un lado sus diferencias y estabilizar el sistema político con base en al menos tres factores, que a ojos de María Isabel Puerta se resumen en:

1. Defensa de la constitucionalidad y del derecho a gobernar conforme al resultado electoral... Todas las organizaciones políticas están obligadas a actuar en defensa

de las autoridades constitucionales en caso de intentarse o producirse un golpe de Estado, aún cuando durante el transcurso de los cinco años (1959-64) las circunstancias de la autonomía que se reservan dichas organizaciones hayan podido colocar a cualquiera de ellos en la oposición legal y democrática al gobierno...

2. Gobierno de Unidad Nacional... el gobierno de Unidad Nacional es el camino para canalizar las energías partidistas y evitar una oposición sistemática que debilitaría el movimiento democrático...
3. Programa Mínimo Común: ningún partido unitario incluirá en su programa particular puntos contrarios a los comunes del programa mínimo, y en todo caso, la discusión pública de los puntos no comunes se mantendrá dentro de los límites de la tolerancia y del mutuo respeto... (López, Gómez y Maingón, 1989:71).⁹

Mediante estos elementos, los partidos políticos venezolanos se convierten en los únicos agentes legítimos de trámite de demandas frente al Estado, y base fundamental de la democracia representativa venezolana. El carácter nacional del Estado, adquirido ya desde la dictadura de Juan Vicente Gómez y fortalecido en las siguientes administraciones, tanto democráticas como dictatoriales, adquiere de este modo, con el Pacto de Punto fijo, un sustento popular democrático que sería canalizado por los partidos políticos mediante el establecimiento de mínimos comunes para su propia estabilidad. No obstante,

⁹ PUERTA R., María Isabel. "Aproximación a la crisis de la democracia y de la representación en Venezuela", en: *Revista Mañongó*, Universidad de Carabobo, vol. 14, No. 26, Caracas, enero - junio de 2006, pp. 137-138.

esta unidad y su sustento popular se hacen sobre la pérdida de autonomía de las organizaciones sociales tanto sindicales como gremiales que, a la postre, se convertirán en parásitos del sistema político y sobre la exclusión de aquellos que estuvieran por fuera del acuerdo.

Los recursos del Estado serían el sustento material del pacto y a la postre su motor de desestabilización, de acuerdo con las dinámicas del mercado mundial del petróleo. En palabras de Fernando Coronil, la nación venezolana se constituye de este modo de dos cuerpos: un cuerpo social, identificado con sus ciudadanos y un cuerpo natural, identificado con el petróleo.¹⁰ Así, mientras el Estado tuvo abundantes recursos para ser repartidos por las burocracias de los partidos instaladas en el mismo, el sistema se mantuvo estable, pero una vez éstos escasearon y las demandas continuaron en una curva ascendente, el mismo se fue al traste. La democracia venezolana queda dependiente de los recursos del Estado y de las posibilidades de distribución de sus recursos, constituyendo un sistema que María Isabel Puerta califica de centralista, presidencialista, populista y estatista.¹¹

El Estado y la democracia venezolanos quedan así, cautivos de las estructuras partidistas y su estabilidad dependiente de los recursos petroleros. Para algunos, lo que se establece es una partidocracia, más que una democracia abierta a los conflictos y tensiones por la orientación de la sociedad con reconocimiento de las distintas tendencias políticas e ideológicas. Esta partidocracia que, no obstante

¹⁰ CORONIL, Fernando. *Op. cit.*

¹¹ PUERTA, María Isabel. *Op. cit.*, pp. 141-142.

haber puesto inicialmente por encima de los intereses partidistas particulares la estabilidad y la unidad nacional, captura el Estado y todo su aparato burocrático, subordina o coopta a la sociedad civil, casi en todas sus dimensiones: al empresariado, lo mismo que a la organización sindical más importante, la CTV.

Para Frank López¹², las estructuras partidistas que se establecen dentro del Estado y que, de hecho lo sustituyen, habían heredado de su contienda con los militares una estructura militar, debido a la disciplina interna y a la manera como se apropiaron del Estado. De ahí que no duda en calificar los partidos políticos como *estructuras partidistas militarizadas*. Este autor describe el proceso mediante el cual estas estructuras se apropian de los poderes del Estado; un proceso que, pese a sus restricciones, se opone al personalismo exacerbado posterior a los mismos. Así, el autor considera que la democracia que se establece en Venezuela a partir del Pacto de Punto Fijo permite que los partidos políticos extiendan su control hasta copar todo el apartado de Estado; sus poderes y su cobertura territorial. Copan el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial, y todo el aparato burocrático. Con este control, se distancian progresivamente de sus electores y esto se evidencia sobre todo a partir de finales de los años setentas.

El sustento popular de estos partidos que se hace presente desde su mismo nacimiento es sustituido por una compleja red

clientelar en la que los partidos políticos descargan su propio poder, pese al protagonismo de las masas en sus discursos. Esto, sumado al debilitamiento de lo que ha dado en llamarse como el modelo rentista petrolero de la economía venezolana, conduciría a la debacle de bipartidismo venezolano.

Ahora bien, antes de pasar a exponer este elemento es pertinente dar cuenta de la manera como se ha explicado lo que aquí se llama el sustento popular de los partidos políticos venezolanos. En este sentido, Bernardo Herrera, por ejemplo, muestra cómo ya a partir de la caída de la dictadura de Juan Vicente Gómez, Venezuela experimenta una agitada vida política que se manifiesta en saqueos y actos de violencia, pero también, de configuración de nuevos liderazgos lanzados por las muchedumbres que los instituyen como autoridades locales. Este contexto trae como consecuencia el surgimiento de distintas formas organizativas de diverso tipo:

Entre aquel 19 de diciembre hasta el 14 de febrero de 1936, la nación experimentó el sabor de la democracia directa. Este espontáneo movimiento horizontal tomó cauce con la aparición de una diversidad de experiencias organizativas directas: sindicales, gremiales, vecinales, culturales, cuyo activismo ha sido poco estudiado hasta el presente¹³.

A partir de estas organizaciones y experiencias organizativas se comienzan a configurar en los años treinta las principales fuerzas políticas partidistas que a la

¹² LÓPEZ, Frank. "La crisis de los partidos y su impacto en el modelo sociopolítico venezolano", en: *Revista Mañongó*, Universidad de Carabobo, vol. XIV, No. 26, Caracas, enero - junio de 2006, pp. 65-106.

¹³ HERRERA, Bernardo. *Viejos y nuevos modelos de partidos políticos en Venezuela*, Instituto de Estudios de la Comunicación, en: *Humanitas*, Portal temático, No. 11, 1999, pp. 205-223. Edición On line, p. 208.

postre logran hegemonizar el espacio político venezolano, en su lucha por el poder y el control del aparato de Estado. La mayoría de estas organizaciones impulsadas por las movilizaciones sociales, legitimaron su propio poder con la referencia a un actor: las masas. Así se constituyen fuerzas radicales, moderadas y conservadoras, pero todas con la mira puesta en estas masas; en el pueblo al que debe ir la actividad del Estado, para redistribuir sus recursos, para democratizarlos:

Todos estos paradigmas de la actividad política persiguen un mismo sujeto: las masas. Los conservadores, para guiarlas por el sendero del orden y el progreso; los moderados, para educarlas hacia una selecta ciudadanía crítica y participativa que propiciaría un ambiente dirigido por tecnócratas; los radicales, para adoctrinarlas y convertirse así en su vanguardia de la «revolución». Tres concepciones distintas de las cuales resultan modelos de organizaciones políticas coincidentes en un aspecto: tendencia hacia los partidos de masa con alta concentración del poder en una reducida dirigencia. La «ley de hierro» de las tendencias oligárquicas de las organizaciones sociales de Michels comienza a cumplirse desde el momento mismo del nacimiento de los partidos venezolanos del siglo XX...¹⁴

De este proceso de constitución de las fuerzas políticas venezolanas, de los partidos políticos más importantes (AD y COPEI), los denominados «extremistas» quedaron excluidos. Para la dirigencia de los mismos era fundamental no sólo enfrentar, mediante la unidad, las posibilidades de nuevos golpes de Estado, de nuevas dictaduras encabezadas por los

militares, sino también la posible dictadura del proletariado, dirigida por el Partido Comunista Venezolano. De ahí su exclusión, pero también de ahí la exclusión de otros que buscaban una mayor profundidad de las reformas democráticas y que cuestionaban la apropiación del poder por parte de las fuerzas mayoritarias. De este proceso de consolidación del poder bipartidista en Venezuela quedan excluidas otras fuerzas políticas y sin posibilidades reales de acceso al poder de Estado. Las masas que se necesitaban, debían estar controladas por los partidos políticos; por fuera de esto, sólo quedaban la ilegalidad, la insurrección y el desorden.

En este contexto, el PCV queda excluido de la contienda política y es condenado a la marginalidad, al igual que movimientos políticos posteriores como el MAS; movimiento que el autor antes citado explica como el resultado de la fractura del PCV luego de la «primavera de Praga», momento en el cual la dictadura del proletariado es desplazada por visiones más moderadas del cambio social.

Libres ahora de fuerzas políticas y sociales que les disputaran el poder a los dos partidos políticos más fuertes (aunque no sin resistencia y protestas sociales), la izquierda queda rezagada y marginalizada; condenada a lo que Bernardo Herrera denomina «la década perdida de la izquierda venezolana: la de los años 60. El triunfo del bipartidismo se ve reflejado en los altos niveles de participación electoral, en la que estos acumulan más del 90% del respaldo popular, dejando a los partidos minoritarios el resto».¹⁵

¹⁴ *Ibid.*, p. 211.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 215-217. No obstante, este tremendo respaldo popular debe ser matizado, en la

Para las élites partidistas venezolanas todo parecía ir bien y para muchos, Venezuela constituía un caso *sui generis* de estabilidad democrática en el contexto latinoamericano; sus partidos políticos fueron vistos muchas veces como modelos de disciplina interna y establecimiento de consensos duraderos. No obstante, éstos dependían de manera extrema de la estabilidad temporal de los ingresos petroleros y, una vez éstos escasearon, vino la crisis y su debacle, al parecer definitiva.

La mayor parte de los analistas políticos venezolanos dan cuenta de este proceso de auge y caída del bipartidismo y de la dependencia extrema de los recursos petroleros. No obstante, difieren en algunos elementos que es necesario considerar, para luego plantear, desde las distintas perspectivas de los estudios de los movimientos sociales en el vecino país, la manera en que éstos se ha puesto en escena, también para explicar la crisis y transformación del sistema político venezolano.

Así, para Frank López¹⁶ el problema del auge y caída de los partidos políticos venezolanos, además de depender de los recursos petroleros, fue también producto del personalismo y caudillismo propios de la sociedad venezolana que hicieron inestables las mismas estructuras partidistas y débiles los consensos en su interior y hacia el exterior, frente a las otras fuerzas políticas. El personalismo comienza a tomar fuerza, cuando los partidos se burocratizan en extremo, cuando la corrupción comienza a hacerse visible pero impune; cuando se

permite que nuevos liderazgos y nuevos partidos comiencen a escalar posiciones desde lo regional, cuestionando la legitimidad de los partidos políticos hegemónicos. El copamiento del Estado por parte de las estructuras partidistas militarizadas que había hecho de la independencia de poderes una mera formalidad, comienza a debilitarse por la emergencia de nuevos actores políticos personalistas más que partidistas.

Desde esta perspectiva se establece que, desde finales de los años setentas y durante la década de los ochentas, unos partidos militarizados pierden el control del Estado y se logra una progresiva independencia de los poderes, aunque una mayor inestabilidad del sistema político. Las presiones sociales, el discurso antipartido y antipolítico de varios sectores sociales y reproducido por los medios de comunicación, comienza a posicionarse y contribuye aún más a la pérdida de legitimidad de los partidos y esto se fortalece con la elección popular de alcaldes y gobernadores estadales, a finales de los años ochentas.

Lo que se evidencia en este proceso es cómo a un copamiento desde arriba, que se extiende horizontal y verticalmente tanto dentro de la estructura del Estado como dentro de la misma sociedad, por parte de los partidos políticos, le sustituye otro (a través del Pacto Institucional, que abre la posibilidad de que otros partidos accedan al control del Estado desde las alcaldías y las gobernaciones estadales desde mediados hasta finales de los años ochentas), que permite un copamiento personalista (con base en estructuras partidistas pequeñas) desde abajo. Con esto, para Frank López, no se fortalece la democracia, sino el *más primitivo voluntarismo político* encarnado

medida en que en Venezuela se establece el voto obligatorio a partir del establecimiento del Pacto de Punto Fijo.

¹⁶ LÓPEZ, Frank. *Op. cit.*, pp. 70 y ss.

en el líder carismático, lo que, a su vez, fortalece el autoritarismo y una tendencia hacia la autocracia:

De modo pues que esta crisis de credibilidad de los partidos ha hecho emerger una fuerte tendencia al personalismo político que ha ido cambiando irreversiblemente la naturaleza de la legitimidad política, haciendo descansar la utilidad electoral y la mediación política, ya no en los partidos y en sus procedimientos, sino en el carisma y en la voluntad del líder; o lo que es lo mismo: en el personalismo político y en la discrecionalidad autoritaria que le es propio al voluntarismo que le caracteriza. Y a este respecto Moisés Naím ha dicho - según lo refiere Daniel Hellinger (2003; 50) que: "Esta tendencia, permitió que el carisma personal de los candidatos a los gobiernos locales y estatales tuviese mayor peso que los partidos"...¹⁷

Así, el poder concentrando en los partidos políticos, pese a lo cerrado del mismo y pese a la corrupción, servía de base para el enfrentamiento del personalismo caudillista. La pérdida de poder de estos abrió para Venezuela nuevamente el espectro para el surgimiento del personalismo, el cual, para el autor, llega a *extremos paroxismales* con Hugo Chávez y su gobierno. Así, la partidocracia es remplazada por la autocracia y este último fenómeno reproduce las formas de acción de los partidos políticos, pues hace de la administración pública su fortín y dentro de ésta, más que funcionarios lo que se establecen son súbditos del líder carismático (antes, más que funcionarios, había militantes de los partidos -luego clientela de partido-, pero esto no es planteado por el autor).

¹⁷ *Ibid.*, p. 75.

Esta reproducción del modelo de apropiación del Estado, esta vez con base no en un partido sino en un movimiento político revolucionario, no obstante no es explicada por el autor antes citado, pero dentro de lo que expone es posible identificarla. El autor defiende la estructura bipartidista venezolana y sólo ve en la nueva estructura las manifestaciones de autoritarismo y autocracia, pero desconoce o no plantea que las formas de apropiación del Estado, su copamiento por parte del movimiento o movimientos que respaldan al presidente Chávez, reproducen en gran medida el modelo de apropiación partidista del poder y de la sociedad.¹⁸

Esta explicación del modelo bipartidista venezolano y su crisis de legitimidad coincide con los planteamientos de María Isabel Puerta. Esta autora, con base en la afirmación de que el modelo de partidos había impulsado el estatismo, el centralismo, el populismo y el presidencialismo, muestra cómo el modelo pierde reconocimiento, al punto que, ya para comienzos de los años noventas, la mayor parte de la sociedad considera que éstos son inútiles frente a los problemas del país¹⁹. Progresivamente, la sociedad reconoce menos la importancia de estos canales de mediación, mientras que las

¹⁸ Sobre las críticas al chavismo y el proyecto revolucionario por éste impulsado, véase: LÓPEZ, Frank. *Op. cit.*, pp. 80 y ss.

¹⁹ Una versión contraria a la de María Isabel Puerta puede encontrarse en LANDER, Edgardo, *Neoliberalismo, sociedad civil y democracia: ensayos sobre Venezuela y América Latina*, FACES, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas, Venezuela, 1994, p. 154. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/venezuela/faces/lander.rtf>. pp. 110 y ss.

protestas sociales se incrementan tanto en extensión como en intensidad. El estallido de estas resistencias se produce a ojos de la autora en 1989, y llega a su máximo nivel, para la autora, en 1992, con los intentos de golpe de Estado del 4 de febrero y del 27 de noviembre del mismo año.

Junto con Frank López, María Isabel Puerta²⁰ considera que la crisis, además de las protestas que desencadenó, abrió espacios a nuevos liderazgos. De este modo, protestas y nuevos liderazgos impulsan y logran algunas reformas, más por presión que por la voluntad de las élites de los partidos. Dentro de estas reformas, las menos ambiciosas, precisamente se dieron en torno a la constitución de la COPRE (Comisión Para la Reforma del Estado), pero las más significativas, producto de las movilizaciones sociales, como la elección popular de alcaldes y gobernadores, mediante voto uninominal. Estas reformas dieron paso a nuevos liderazgos o permitieron el fortalecimiento de viejos, pero rezagados, como el MAS, movimiento que apoyó la candidatura del “renegado” Rafael Caldera en 1993, precisamente uno de los fundadores de COPEI, pero que, dentro de las nuevas circunstancias, se lanzó a la presidencia por fuera de su propio partido.

De este modo, el clientelismo, la corrupción, el personalismo tanto en el interior de los partidos más fuertes como fuera de ellos,

²⁰ Para conocer una ampliación de la, manera en que los partidos políticos se convirtieron en los únicos canales de mediación política reconocidos por la Constitución y las leyes desde 1961, puede leerse el texto *Politeia*, vol. 30, No. 30, Caracas, ene. 2003. http://www2.bvs.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S030397572003000100006&lng=es&nrm=iso.

dentro de partidos y movimientos minoritarios; la disminución de los ingresos del Estado derivados de la explotación petrolera, junto con la extensión e intensificación de las protestas sociales, se constituyen en el caldo de cultivo de la crisis y debacle de los partidos políticos que habían logrado hegemonizar el espacio político venezolano. Desde abajo, desde arriba y desde los lados, la estabilidad del sistema político puntofijista es cuestionada y debilitada. El personalismo, criticado por la mayor parte de los analistas considerados, no sólo se instala desde afuera sino también desde los mismos partidos políticos y sus propios líderes pueden considerarse los sepulcros de la unidad bipartidista.²¹

Ahora bien, dentro de este proceso ¿cuál es el lugar que se puede dar a los movimientos sociales como agentes de problematización y/o de ampliación de la democracia y de los partidos políticos en el vecino país? ¿Son el personalismo y la crisis de los partidos políticos cautivos de la corrupción y el clientelismo y debilitados por la incapacidad de dar trámite a demandas crecientes de la población, con menos

²¹ Tanto Frank López como María Isabel Puerta, así como Bernardo Herrera, entre otros, dan cuenta de la manera en que las fisuras internas dentro de Acción Democrática llevaron al poder personalista de Carlos Andrés Pérez, para su segundo gobierno, con base en prestigio personal ganado en la “época dorada” de los ingresos petroleros durante su primer gobierno. Del mismo modo, fisuras internas dentro de COPEI llevaron al poder al “renegado” Rafael Caldera ya no apoyado por su partido, sino al amparo de un movimiento nuevo creado por él mismo, denominado Convergencia. La importancia histórica del personalismo caudillista es ratificada por Medófilo Medina en su texto “El elegido presidente Chavez”.

recursos, los únicos factores que pueden explicar la crisis de la democracia representativa establecida por el puntofijismo? Una vez se constituye un nuevo modelo, a ojos de varios analistas, personalista, autoritario y con pretensiones autocráticas, representado por Hugo Chávez, ¿es el resultado final y único del proceso político venezolano? Estas preguntas, entre otras, han concentrado la mirada de los estudiosos del proceso político venezolano de los últimos años. Los movimientos sociales son vistos por los estudiosos de los partidos políticos como agentes marginales y este fenómeno socio-político y su relación con la crisis de los partidos políticos es el que se expone a continuación.

Lo anterior por cuanto, dejar de lado el papel desempeñado por los movimientos sociales no sólo en los casos de estudio, sino también en otros, es desconocer las formas de organización y movilización social que se activan no sólo en los momentos de crisis sino dentro de los períodos de aparente estabilidad de los sistemas políticos. Esto en la medida en que éstos, con su acción, sus prácticas y proyectos, contribuyen a dar salida a las crisis y a cuestionar la estabilidad de los sistemas establecidos. En el caso venezolano, distintos analistas han puesto sus ojos en estos actores sociales colectivos, tanto antes como durante y después de la crisis del sistema político puntofijista venezolano.

Como quedó enunciado antes, la sociedad venezolana entra en un proceso de recesión o estancamiento, debido a la disminución de los ingresos petroleros a finales de los años setentas y comienzos de los noventas. Esta crisis de la economía y la sociedad venezolana, una sociedad que parecía

estable política y económicamente, pone al descubierto -inicialmente sin responsabilidades ni castigos para los culpables de la misma-, casos de corrupción, clientelismo y represión soterrada. La credibilidad de los partidos políticos se diluye progresivamente y las reformas impulsadas por sus dirigentes no logran satisfacer las demandas y, por el contrario, activan una intensa resistencia frente a las mismas. Esto trae consigo el surgimiento o visibilización de una heterogénea cantidad de expresiones sociales y políticas que se activan ya como protestas y movimientos sociales²² o como movimientos políticos. Los mismos contribuyen a impulsar discursos antipartidistas y de búsqueda de soluciones que no logran ser consideradas por el viejo modelo político. De estas nuevas expresiones sociales y políticas, se resaltan las organizaciones vecinales que buscan un mayor protagonismo de la clase media no partidista en la

²² Para conocer una muestra detallada de los procesos de protesta y movilización social a finales de los años ochentas y hasta 1997 y sus vínculos con la crisis de los partidos políticos y del sistema de representación puntofijista, así como de los intentos desde éstos o desde sus líderes, renegados o no, de adelantar reformas económicas de tinte neoliberal, véase: LÓPEZ MAYA, Margarita, "La protesta popular venezolana entre 1989 y 1993 (en el umbral del neoliberalismo)" y SALAMANCA, Luis, "Protestas venezolanas en el segundo gobierno de Rafael Caldera: 1994-1997", en: LÓPEZ MAYA, Margarita (editora), *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: Protesta popular en América Latina en los años de ajuste*, Cátedra América Latina (Vicerrectorado Académico, UCV); Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (CEAP/FACES-UCV); Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES-UCV); Nueva Sociedad, Caracas, 1999, pp. 211- 238 y 239-264, respectivamente.

toma de decisiones políticas del Estado y los movimientos estudiantiles a finales de los años ochentas y una heterogénea cantidad de movimientos sociales y populares durante los años noventas.

En esta dirección, para Bernardo Herrera, la crisis de legitimidad del bipartidismo puntofijista produjo que las organizaciones vecinales cobraran relevancia política y emergiera lo que él considera “*nuevos movimiento sociales*”, como oponentes al poder de los partidos políticos. Ante este nuevo escenario,

La respuesta partidista –plantea el autor– fue la de controlar política y jurídicamente a las asociaciones de vecinos, con relativo éxito. Sin embargo, un conjunto de pequeñas pero muy influyentes federaciones vecinales, como es el caso de FACUR, abrigaron el germen del sentimiento antipartido y abrieron cauces para la gestión de reivindicaciones sociales por caminos distintos. Ni siquiera los gremios empresariales ni el movimiento sindical, grupos de presión de larga tradición en el país, habían logrado semejante posibilidad, pues de un modo u otro toda negociación a su favor debía lograrse en el seno de los partidos.²³

De este modo, dentro de la teoría de los movimientos sociales, expuesta por Sydney Tarrow²⁴, se configura en Venezuela lo que se denomina una estructura de oportunidad política favorable para que nuevos actores sociales y políticos visibilizaran y buscaran solución a sus demandas. Una compleja red de actores individuales y colectivos con liderazgos no definidos pugnan por la apertura del sistema político venezolano y

éste poco a poco, gracias a la debilidad de las élites, al acceso a aliados influyentes como los medios de comunicación y de nuevos liderazgos, así como de la apertura a la participación, elementos que son reconocidos por el autor como los elementos de una estructura de oportunidad política favorable, va dando paso a una nueva configuración política de la sociedad venezolana.

Las organizaciones y movimientos vecinales, impulsados fundamentalmente por las clases medias y medias altas de las zonas urbanas, son quienes más relevancia tienen en este primer momento de desarrollo de fuerzas contra-hegemónicas no partidistas; y ya durante los años ochentas logran sus primeras conquistas:

...su protagonismo en la década de los 80 consolidó incuestionables conquistas específicas: reivindicaciones urbanas, consolidación de barrios, cuotas de asistencia social, entre otras. Pero su más importante éxito fue la elección directa de gobernadores y alcaldes, y la inclusión del concepto de uninominalidad en el sufragio. Aunque fueron altos los niveles de abstención de las primeras experiencias electorales regionales, este fenómeno fue transformando el panorama político nacional, y en esa medida, impactó sobre la estructura vertical de los partidos mayoritarios. Desde esta realidad fue cobrando fuerza la influencia del liderazgo regional y local en, al menos, dos claros sentidos: uno, ampliándose el margen de competencia interna en los partidos, y dos, rompiéndose en esa medida el monopolio bipartidista.²⁵

Siguiendo a Bernardo Herrera, este proceso hace que adquieran nueva visibilidad y protagonismo sectores antes minoritarios y con presencia sobre todo regional, como el

²³ HERRERA, Bernardo. *Op. cit.*, p. 217.

²⁴ TARRROW, Sidney. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza editorial, Madrid, 1997.

²⁵ HERRERA, Bernardo. *Op. cit.*, p. 217.

caso del MAS²⁶. De este modo, con la crisis de los partidos políticos otrora hegemónicos y con aliados influyentes de los nuevos movimientos sociales, los “viejos partidos” tuvieron que competir en las esferas regionales, impulsando nuevos liderazgos, pero esto trae consigo la ruptura de una estructura partidista centralizada que había venido consolidándose, y el “regreso” del personalismo. Lo que se inaugura de este modo se incrementa con la conformación de una “logia militar”, afirma el autor, que se hace visible en el intento de golpe de 1992.

De este modo, dentro del surgimiento de nuevas fuerzas políticas, inicialmente de carácter regional, así como algunas organizaciones y actores individuales y colectivos, van construyendo poder social -y a la postre, poder de Estado-, o cuestionando las prácticas partidistas tradicionales. Las mismas, sin que se construyan nuevos consensos entre la heterogeneidad de organizaciones que contribuyen al debilitamiento del puntofijismo, impulsan la apertura de nuevos espacios de

participación política. Al respecto, Ángel Álvarez muestra cómo:

En las décadas de los ochenta y noventa algunas organizaciones sociales muy pequeñas pero muy activas (como Queremos Elegir, Escuela de Vecinos y Fiscales Electorales), ciertas élites económicas y académicas (en espacios como los propiciados por el Grupo Santa Lucía o el Grupo Roraima), algunos organismos gubernamentales (como la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado, Copre) e incluso los propios líderes de AD y COPEI, cuestionaron sistemáticamente a los partidos, al sistema electoral, a los organismos electorales y al modelo de democracia representativa. Tales cuestionamientos fueron recogidos, reflejados y, a veces, ampliados por los medios de comunicación.²⁷

Poco a poco se va constituyendo un escenario en el que la democracia representativa venezolana, identificada con los partidos políticos (Acción Democrática y COPEI, como agentes fundamentales de su mantenimiento), es cuestionada y junto con esto, las mismas estructuras partidistas como canales eficientes y legítimos de trámite de las demandas sociales. La población se organiza, moviliza y protesta por más democracia y participación, por el respeto de los derechos humanos, derechos ambientales y culturales, entre otros, haciendo con esto perder terreno a los partidos políticos del puntofijismo.²⁸

²⁶ Durante la crisis del sistema político y la configuración del nuevo, no es únicamente este movimiento político, sino otros, normalmente provenientes de organizaciones sociales, el que se desarrolla, desde lo regional hacia lo nacional, en la sociedad venezolana. Aparte de los que se mencionan en la siguiente cita, está también el caso del Movimiento Primero Justicia, con base en Caracas y el estado Miranda; el movimiento Proyecto Venezuela, que impulsa la candidatura estadual de Salas Römer y el Movimiento Un nuevo Tiempo, que impulsa la candidatura de Manuel Rosales en el estado Zulia. Sobre el surgimiento de estos movimientos y especialmente del movimiento Primero Justicia, véase: NÚÑEZ MUÑOS, Ingrid y PINEDA MORÁN, Nury, “Nuevos partidos, nuevos liderazgos: Primero Justicia”, en: *Cuestiones políticas*, No. 30, enero - junio de 2003, IEPDP, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, Caracas, pp. 45-74.

²⁷ Álvarez, Ángel. “De la hegemonía partidista a la democracia sin partidos”, en: *Politeia*, vol. 30, No. 30, Caracas, ene. 2003. http://www2.bvs.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0303-97572003000100006&lng=es&nrm=iso. (El subrayado y el paréntesis son míos. El documento no contiene paginación).

²⁸ Aquí, nuevamente Edgardo Lander plantea una lectura distinta y, de hecho, contradictoria con relación al avance de los movimientos vecinales

De este modo, los movimientos sociales en la sociedad venezolana contribuyen a la configuración de un nuevo espacio político y sirven de caldo de cultivo para el surgimiento de nuevos liderazgos, el fortalecimiento de antiguos, pero marginales y, en general, para la constitución progresiva de un nuevo sistema político. Los discursos antipartidistas ganan cada vez más espacios y van condenando a la marginalidad o a la oposición a quienes antes habían logrado el consenso nacional.

Dentro de este contexto, un nuevo proyecto de nación emerge y nuevos

particularmente. Los logros obtenidos por estas organizaciones y movimientos, a pesar de contribuir a la apertura del sistema político venezolano, materializados en la elección popular de alcaldes y gobernadores a partir de 1989, no se traducen, para este autor, en el apoyo a los candidatos de listas uninominales, sino en el fortalecimiento progresivo de los (algunos no tan) nuevos partidos políticos. Para este autor: *el rechazo a los partidos políticos tradicionales no se expresa por la vía del apoyo a los representantes de los grupos vecinales y grupos de electores que postulan candidatos uninominales para el Congreso Nacional, sino en el apoyo a otros partidos. Ninguno de los candidatos uninominales a diputados que no fue apoyado por uno de los grandes partidos a nivel nacional, logró ser electo. La reducción del caudal electoral de los principales partidos tradicionales no se traduce en un crecimiento de organizaciones independientes, organizaciones vecinales o grupos de electores, sino en el crecimiento de nuevas organizaciones partidistas. La Causa R pasa de tener 3 diputados a 40 y se convierte en la tercera fuerza política a nivel nacional. La nueva organización política que se conforma para lanzar la candidatura de Rafael Caldera, Convergencia, obtiene 12.2% de los diputados. El Movimiento al Socialismo (MAS) eleva su representación en la Cámara de Diputados de 9% a 13,2%. Véase LANDER, Edgardo, Op. cit., p. 114.*

actores sociales marcarán las pautas de su desarrollo. Los movimientos sociales participan activamente de la redefinición de este nuevo sistema político pero, nuevamente, correrán el riesgo de perder su autonomía o ser condenados a ocupar el lugar de una oposición poco exitosa y algunos de ellos con una mirada no tan amplia de la democracia y de la ciudadanía por construir en la sociedad venezolana.²⁹

No obstante las tensiones y contradicciones entre los diversos y heterogéneos componentes de la sociedad civil y de los movimientos sociales, las demandas sociales, las movilizaciones, las protestas, la emergencia de nuevos liderazgos políticos de alcance regional y nacional, se enfrentan a un sistema político que se niega a desaparecer y que responde de manera violenta³⁰

²⁹ Luis Edgardo Lander y María del Pilar García Guadilla coinciden en considerar que particularmente las organizaciones de vecinos, de clases medias y altas de las grandes ciudades impulsan una ciudadanía atada a la propiedad, excluyendo a los pobres de las ciudades. Una política de clase, que excluye a los sectores populares como inaptos para la democracia y la ciudadanía es impulsada por estos sectores sociales que, a la postre, servirán de base para la oposición (junto con los “viejos” partidos políticos) al gobierno de Hugo Chávez y al pueblo que lo respalda, considerado chusmero, bárbaro y salvaje. Al respecto, véanse LANDER, Luis. E., *Op. cit.*, pp. 115 y ss.; y GARCÍA GUADILLA, María del Pilar, “Politización y polarización de la sociedad civil venezolana: las dos caras frente a la democracia”, en: *Espacio Abierto*, vol. 12, No. 1, enero -marzo de 2003, Asociación Venezolana de Sociología, Maracaibo, pp. 40-43.

³⁰ Para Margarita López Maya, la represión de las manifestaciones sociales en Venezuela en el período del puntofijismo alcanzan una relación de 3 a 1. La crisis de este modelo político y el surgimiento de nuevos liderazgos, particularmente a partir del final de lo que la

ante las demandas y las movilizaciones, con lo que, no obstante, profundiza su debilidad y acelera su debacle. El campo de configuración del nuevo sistema político venezolano, a partir de los años ochentas, tiene ya no como punto de referencia a los partidos políticos, sino a la sociedad civil y dentro de ésta, a los heterogéneos movimientos sociales, así como a los nuevos liderazgos

autora considera el ciclo de protesta de finales de los años ochentas y comienzos de los noventas, da cuenta de una reducción considerable de la represión de los movimientos y protestas sociales: “... la emergencia de nuevos actores políticos en los gobiernos regionales y locales determinó un cambio en las actitudes del poder, en sus diferentes niveles, hacia la manifestación pacífica. Disminuyó la criminalización hacia ella, presente desde los años 60, cuando se le asoció con la opción de la lucha política por la vía armada y como tal se le reprimía (López Maya, 2003b). Hacia mediados de ese periodo constitucional, la proporción de manifestaciones reprimidas había descendido a 1 de cada 6. Las muertes en manifestaciones públicas también disminuyeron; en 1996 no se produjo ninguna. Se redujo así mismo el uso de las armas de fuego en las manifestaciones pacíficas (Provea, 1994 a 1999). Con el gobierno de Hugo Chávez Frías la protesta adquiere un estatus de mayor reconocimiento e institucionalización. Una de cada 24 protestas fue reprimida en 1998-1999, una de cada 28 en 2000-2001, una de cada 25 en 2001-2002, una de cada 36 en 2002-2003 y una de cada 33 en 2003-2004 (Provea, 1998-2004). Para el periodo 2004-2005, ¡de cada 80 manifestaciones pacíficas, 1 fue reprimida!. Con lo cual parece que estamos en presencia de una tendencia que se consolida.” En términos de muertos en las manifestaciones pacíficas, la tendencia es similar, aunque hubo momentos álgidos durante el golpe de estado. Véase LÓPEZ MAYA, Margarita y LANDER, Luis Edgardo, “Novedades y continuidades de la protesta popular en Venezuela”, en: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol. 12, enero - abril de 2006, pp. 17-18.

políticos que se constituyen dentro de la crisis.

3. PARTIDOS POLÍTICOS Y MOVIMIENTOS SOCIALES EN COLOMBIA. PURO DESAMOR

Como quedó dicho al comienzo del presente documento, el bipartidismo jugó en la sociedad colombiana, así como en la venezolana, un papel central en la configuración de nuestro sistema político, aunque la historia de nuestros partidos tenga una más larga duración. Como en el caso venezolano, dos partidos se convirtieron en los agentes centrales de la vida política, excluyendo u obstaculizando la formación de actores sociales autónomos que lograran, desde su autonomía, influir o afectar la toma de decisiones del Estado. Como en el caso venezolano también, los partidos políticos lograron (en el caso colombiano por mucho más tiempo) la hegemonía del espacio político y de toma de decisiones estatales, pese a sus continuos enfrentamientos (muchos de ellos violentos) y divisiones internas, pero gracias también a sus formas de conciliación de intereses en momentos en que otros actores políticos tuvieron la posibilidad de disputarles el poder del control de la sociedad y del Estado.

No obstante, la formación de los partidos políticos en Colombia es anterior a la constitución de un Estado central fuerte, capaz de integrar a la sociedad alrededor de un proyecto político nacional a diferencia de la experiencia venezolana del siglo XX. De hecho, puede decirse, los partidos políticos colombianos impiden la construcción de un proyecto tal y dividen prontamente a la sociedad colombiana a partir de etiquetas partidistas con asiento local, regional y nacional, pero muy fragmentadas en su

interior, contando con un Estado que lejos está de constituir un control social fuerte a lo largo y ancho del territorio colombiano.

Para Fernán González³¹, por ejemplo, la historia de los partidos políticos colombianos está marcada desde el siglo XIX por un evidente faccionalismo regional que impide la construcción de proyectos nacionales, pero que también impide la estabilidad interna de los mismos. Este mismo autor considera que, aunque se constituyen bajo el rótulo de partidos políticos su estructura y sus prácticas se pueden inscribir dentro de formas de acción políticas a la vez tradicionales y modernas. Tradicionales en el sentido en que su poder y dominación están sustentadas sobre creencias, costumbres y diversas formas de subordinación de una población fundamentalmente rural y sobre formas de producción atrasadas y modernas en el sentido en que construyen una estructura estatal que sirve de caparazón moderno.

Ahora bien, estos partidos, pese a su fragmentación interna y a la conflictividad entre los mismos, logran la consolidación de identidades duraderas y en este proceso la violencia juega un papel fundamental en su proceso de diferenciación, sin que lo ideológico o programático o las prácticas de poder los distinga profundamente. Fernando López Alvez con relación a la estructura de constitución de los partidos plantea tres hipótesis que pueden servir de complemento a los planteamientos anteriores:

³¹ GONZÁLEZ, Fernán. "Soberanía popular y crisis del bipartidismo, entre la política tradicional y la política moderna", en: AA.VV. *Soberanía popular y democracia en Colombia*, Ediciones Foro Nacional por Colombia, Bogotá, 1994, pp. 162 y ss.

La primera es que las élites regionales son incapaces de enfrentar, por sí solas, los conflictos internos o los ataques externos de otras fuerzas políticas con la misma o diferente filiación partidista, lo que hizo que su mantenimiento como élites hegemónicas se lograra a partir de la filiación al partido. *Esto unió a las élites regionales entre sí, bajo vagos rótulos partidistas, y cimentó los lazos de clientela entre el líder y sus seguidores.*³²

La segunda sugerencia planeada por nuestro autor es que las estructuras partidistas se establecen a partir de coaliciones (...) libres de líderes relativamente autónomos que reconocían las ventajas de un rótulo partidista colectivo.³³ Dicho rótulo permitió a largo plazo constituir identidades y actuar colectivamente en los procesos electorales, para controlar el poder local, acceder a él o mantenerlo y dominar el sistema político establecido.

La tercera y última sugerencia que presenta López Alvez pone de presente la centralidad de la violencia como mecanismo de establecimiento de alianzas o como forma de mantener unas establecidas:

(...) Con frecuencia, las alianzas entre los partidos, o la creación de polos dentro de los partidos Liberal y Conservador eran respuestas a la conciliación de conflictos o al temor de una guerra inminente. Problemas de desarrollo tales como la construcción de caminos y vías ferroviarias, el acceso a los mercados y la utilización de recursos naturales a menudo se resolvían con la amenaza de la lucha armada y también con la mediación de los partidos. La competencia por el poder en las regiones aumentó el poder de las redes

³² LÓPEZ ALVES, Fernando. *La formación del Estado y la democracia en América Latina*, Ed. Norma, Bogotá, 2003, p. 147.

³³ *Ibid.*, pp. 147 y 148.

familiares y de clientela, los cambios políticos casi siempre implicaban la caída de algunas familias y el surgimiento de otras distintas con distintas conexiones partidistas.³⁴

De esta manera, la institucionalidad estatal y la sociedad política que construye aquella se juegan el poder, en un juego en el que los actores consolidan su poder por encima del Estado. Los partidos políticos comienzan un proceso de centralización que va a terminar por la misma dinámica de consolidación de sí mismos, durante el Frente Nacional, muy a pesar y en contra de la legitimidad del Estado, muy a pesar y a favor del desarrollo de las élites económicas. A pesar de estas últimas, pues no encuentra otra forma de mantenerse dentro de contextos económicos cada vez más complejos, que el apoyo de las redes clientelistas y de corrupción que pronto se establecen, sobre todo en la medida en que el Estado se desarrolla un poco más y que alcanza una mayor cobertura nacional durante el siglo XX, más específicamente durante su segunda mitad.

Con lo anterior, se ponen de relieve las dificultades de constituir fuerzas políticas estables en su dirección, coordinación y movilización a través de canales institucionales, pero, así mismo, el papel ejercido por la violencia como motor articulador y configurador de las identidades partidistas. A través de la violencia se territorializa el país, se dividen los pueblos, los Estados en la segunda mitad del siglo XIX y los departamentos a partir de la Constitución de 1886; se constituirán territorios liberales y territorios conservadores a través de procesos violentos que contribuyen a unas pugnas permanentes entre los partidos por el control del aparato de Estado. Estos enfren-

tamientos, no obstante no contribuyen a la definición ideológica a partir de proyectos diferenciados de nación. Se constituyen de este modo estructuras partidistas policlasistas que logran subordinar de manera casi total y absoluta a cualquier actor social y político que pretenda disputarles el poder político.

A pesar de la fragmentación del siglo XIX, tanto política como social, cultural y económicamente de la sociedad colombiana; a pesar de la división del país en regiones y zonas liberales y conservadoras, los partidos políticos comparten una posición: su articulación frente a grupos alternativos a sus propias estructuras de dominación en lo que David Roll denomina *consociacionismo*.³⁵ Este elemento, definido como una tendencia a la articulación pragmática frente a posibles adversarios externos al bipartidismo, es considerado por Fernán González³⁶ como un freno al desarrollo de una ciudadanía moderna y un freno, del mismo modo, a la constitución de la soberanía popular como motor de constitución política del Estado y de la sociedad colombiana.

Los procesos políticos colombianos, de esta manera impiden la constitución de fuertes opositores al régimen. Al decir de Pierre Gilhodes³⁷, el bipartidismo colombiano, como cualquier otro sistema bipartidista, es

³⁴ *Ibid.*, p. 148.

³⁵ ROLL, David. "Colombia", en: ALCÁNTARA, Manuel y FREIDENBERG, Flavio (coords.), *Partidos políticos de América Latina. Países andinos*. Fondo de Cultura Económica - Instituto Federal Electoral, México, 2003, pp. 149 y ss.

³⁶ GONZÁLEZ, Fernán. *Op. cit.*

³⁷ GILHODES, Pierre. "Sistema de partidos y partidos políticos en Colombia", en: Oscar Delgado, Fernán González y otros, *Modernidad,*

poco propicio para el surgimiento de actores sociales y/o políticos capaces de poner en cuestión, de manera profunda al mismo régimen. En el caso colombiano, además nuestros partidos políticos tradicionales buscarán la forma de cooptar o debilitar cualquier manifestación de independencia política a través de mecanismos diversos, pero sobre todo a través de la violencia.

El posicionamiento de los partidos políticos en nuestro país, como agentes exclusivos de trámite de demandas y de conflictos, deja únicamente tres opciones a los demás actores sociales y políticos de la sociedad colombiana: la violencia para oponerse, o la incorporación clientelista a las lógicas de dominación de los mismos, o la protesta sostenida pero fragmentada a través de organizaciones o movimientos sociales y políticos con pocas probabilidades de impactar profundamente el sistema político imperante. De esta manera, los partidos políticos logran el control no sólo del Estado, sino de la sociedad colombiana más allá del mismo Estado y, de hecho, en oposición a la propia legitimidad de éste. Conflictos diversos en el siglo XIX logran establecer fronteras en las que la ideología es el caparazón que cubre el control territorial de los mismos, y en el que las etiquetas partidistas constituyen identidades opuestas radicalmente.

Al finalizar este siglo y comenzar el siglo XX, Colombia vivió lo que se conoce como la “hegemonía conservadora”, establecida posteriormente a la Regeneración³⁸. El siglo

democracia y partidos políticos, FIDECFESCOL, Bogotá, 1993, pp. 69-114.

³⁸ Regeneración que, para Fernando Guillén Martínez, no es otra cosa que el “*primer Frente Nacional*”. Véase GUILLÉN MARTÍNEZ,

XIX terminó con la más cruenta de las guerras civiles. Entre 1889 y 1902, más de 100.000 colombianos murieron durante la Guerra de los Mil Días sin que esto sirviera para establecer una estabilidad económica, social y política duradera (exceptuando los “gloriosos años 20”, período en el cual el crecimiento económico fue considerable y se logró la integración económica del país, constituyendo un mercado nacional de mediana importancia).

En lo económico, la segunda mitad del siglo XIX está marcada, como en lo político, por la inestabilidad, tanto administrativa como por las variaciones del mismo mercado mundial que no termina de consolidarse como un mercado capitalista mundial. Nuestras élites se integran a él en calidad de productoras para la especulación con distintos productos tropicales como el tabaco, la quina, y finalmente el café. Estos productos podían permanecer muy poco tiempo con utilidades crecientes en el mercado mundial, lo que hacía impensable su industrialización y la inversión de capitales fijos o en bienes de capital. Se juega con las variaciones del mercado mundial y no siempre se gana y, esto, dentro de un contexto de establecimiento de una institucionalidad estatal, contribuyó frecuentemente a la misma inestabilidad política de finales del siglo XIX.

Es nuestra economía en el siglo XIX una economía periférica de tercera, que no recibe ni inmigración extranjera ni inversiones de capital, también extranjero. Nuestra inserción en el mercado mundial está determinada por las variaciones de éste

Fernando, “*La Regeneración, el primer Frente Nacional*”, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1986.

y lo mismo sirve para la reproducción de las élites y su propia “civilización”, como para la reproducción de formas de dominación tradicional, marcadas por el paternalismo y el autoritarismo.³⁹

Si bien la Constitución de 1886 duró algo más de cien años, durante éstos la conflictividad violenta ha sido tal vez la característica fundamental de nuestro país o, en palabras de Pecault, *Orden y violencia* son tal vez las características más relevantes de nuestro sistema político, las dos caras de la misma moneda. Al ser estas las principales características, la legalidad y los procesos democráticos se ven intensamente limitados, así como las posibilidades de constituir un tejido social sólido, capaz de hacer frente al poder de las élites, a través de mecanismos de compensación institucionales y/o no formales. No obstante, el desarrollo de esta sociedad, bajo el mandato hegemónico, pero no exclusivo de los conservadores, sirvió para una mayor diferenciación partidista, si no desde el punto de vista ideológico, al menos sí desde el punto de vista de la constitución de sus colectividades, las cuales encontraron líderes permanentes de alcance nacional que lograron establecer mínimos de disciplina de partido.

En 1930 los liberales volvieron al poder y para muchos, ahí comienza la violencia del siglo XX. Los partidos siguieron movilizándose a las mayorías electorales (mejor sería decir, a las minorías decisivas) para atacar a sus contrarios de manera cada vez

más intensa. De 1930 a 1948 Colombia vivió un período de conflictividad creciente, en el cual surgieron líderes carismáticos como Jorge Eliécer Gaitán. A través de estos líderes (también Alfonso López Pumarejo, Enrique Olaya Herrera, Laureano Gómez, con distintas perspectivas políticas y de hecho, contradictorias), la conflictividad condujo a un activismo político sin precedentes en nuestro país, sin que esto condujera a la legitimidad del Estado y, muy por el contrario, se llevó al país, tras el asesinato de Gaitán, al más duro proceso de violencia.

Guerrillas liberales y paramilitares conservadores se enfrentaron causando la muerte de cerca de 200.000 colombianos. El período de La Violencia terminó con el pacto entre liberales y conservadores, pacto de élites conocido como el Frente Nacional (1958-1974). Nuevamente las mayorías quedaron por fuera de la esfera pública política o integradas al sistema de dominación bipartidista a través de redes clientelistas o reducidas a la protesta social, con pocos avances organizativos a nivel nacional. El Estado continuó capturado por las élites políticas y económicas, dejando a la mayor parte de los colombianos, nuevamente, sólo como objetos de la política y no como sujetos de derechos. Esto sirvió para despartidizar el conflicto, pero no para la integración social; muy por el contrario, con el Frente Nacional aumentaron las tensiones en el interior de los partidos y se produjo su progresiva y tal vez definitiva fragmentación.

Para Francisco Leal Buitrago⁴⁰, el Frente Nacional se explica como el resultado de un

³⁹ Sobre el desarrollo económico colombiano del siglo XIX y su inserción en el mercado mundial, puede leerse el texto de OCAMPO, José Antonio, *Colombia y la economía mundial (1830-1910)*, Tercer Mundo Editores – Colciencias – FEDESARROLLO, segunda ed., Bogotá, 1998.

⁴⁰ LEAL BUITRAGO, Francisco. *Estado y política en Colombia*, Siglo XXI editores – CEREC, segunda ed., Bogotá, 1989, pág.155.

acuerdo entre las élites de los partidos para poner fin, constitucionalmente, al enfrentamiento entre los mismos, en medio de un contexto de configuración de un Estado en expansión, producto del desarrollo del capitalismo. Pero también es el punto de partida del fracaso de un intento de *hegemonía de clase que rubricara la elaborada coalición*.

Lo anterior, en la medida en que el pacto frentenacionalista, a ojos del autor, significó la pérdida de legitimidad del régimen bipartidista, su fragmentación interna luego de procesos de configuración de liderazgos nacionales que le habían impreso algunos elementos de centralización y de unidad de partido con algo de disciplina interna. De esta manera para Leal Buitrago, la adhesión fiel al partido va perdiendo vigencia, pues con la paridad burocrática establecida por el Frente Nacional se hace evidente la indiferenciación programática de los dos partidos hegemónicos. Estos se instalan en el Estado, lo remplazan y de hecho, su dominio puede en la práctica llegar más allá de las fronteras territoriales controladas efectivamente por éste. El desarrollo del capitalismo como forma hegemónica de producción en el país, contribuye a que se evidencien las disputas internas de los partidos; las facciones regionales buscan su fortalecimiento a expensas de la estabilidad del partido. Este es un momento de crecimiento del aparato burocrático, producto del desarrollo del capitalismo en el país; es un momento de acumulación de capitales; pero también es un momento de fortalecimiento, a través del control de los recursos del Estado, de las redes clientelistas.

De este modo, lo que se configura en la sociedad colombiana es, para nuestro autor,

un *sistema político del clientelismo*⁴¹ a través del cual los partidos o, mejor, las facciones de los partidos, se reparten la torta burocrática desde los niveles locales y regionales y con esto los recursos de un Estado en proceso de expansión en lo que tiene que ver con el control territorial y poblacional.

A diferencia de Venezuela, en este sentido, la crisis de los partidos políticos colombianos comienza precisamente en el momento en que apenas se están configurando o consolidando los venezolanos. Esta crisis, no obstante, no significa la pérdida inmediata de hegemonía de los mismos, sino su progresivo debilitamiento y deslegitimación, pero también su reorganización interna o su adecuación a las nuevas circunstancias. Es este el escenario de emergencia de nuevas fuerzas políticas que pugnan por el poder y el control del Estado, tanto desde el interior de los partidos como fuera de ellos. No obstante estas nuevas opciones políticas no logran apartarse o romper definitivamente del control ejercido por las estructuras clientelares de los mismos y, de hecho, reproducen sus prácticas. El espacio político tradicional innova, pero no genera alternativas. Se abren canales de participación, pero pronto terminan incorporadas (cuando no nacen desde el interior de los partidos) o se ven condenadas a la desaparición dejando las demandas populares sin representantes estables y sin que el régimen de control político se modifique profundamente.

⁴¹ LEAL BUITRAGO, Francisco. "El sistema político del clientelismo," en: *Análisis político*, IEPRI - Universidad Nacional de Colombia, No. 8, septiembre - diciembre 1989.

Las experiencias del MRL y la ANAPO dan cuenta de este proceso de surgimiento de nuevas fuerzas políticas que, de hecho, van a buscar apropiarse del lugar dejado por los partidos políticos tradicionales; el de la representación partidista. El primero de estos movimientos surge en el interior del partido liberal y el segundo crece con alas tanto en el interior de este partido como del partido conservador. El segundo de estos movimientos, aunque logra separarse de los dos partidos y ganar independencia y, aunque el primero arroja un presidente a mediados de los años setentas, éstos no rompen con las lógicas de dominación imperantes:

De esta manera, primero el MRL y luego la ANAPO, frustraron históricamente los intentos de aplicación de la participación política por medio del sistema partidista, gracias a un doble fenómeno contradictorio del Frente Nacional: al tiempo que creaba las condiciones de emergencia de tales movimientos, desarrollaba efectivas defensas para su obstrucción y destrucción.⁴²

Dentro del proceso de despolitización y de crisis de representación en el interior del sistema bipartidista que plantea el autor y luego, o junto con los fiascos o fracasos de búsquedas de representación por las vías partidistas, representados por las experiencias del MRL y de la ANAPO, menciona también Leal Buitrago el caso de la abstención que, no obstante, no representó ningún peligro para la estabilidad del régimen. Con la abstención promovida por varios grupos que pueden denominarse antipartidistas, se desarrollan varios grupos políticos de origen universitario que buscan cubrir este

espacio dejado por los partidos políticos. No obstante, el dogmatismo, el idealismo, entre otros elementos, van a conducir al fracaso de estas experiencias producidas por fuera de los partidos. Este es el caso del MOEC, o Movimiento Obrero Estudiantil Campesino, el Movimiento Obrero Independiente Revolucionario, la Juventud Comunista; el Partido Revolucionario Socialista, el Bloque Socialista... y tantos otros. Estos movimientos

... ocuparán infructuosamente el espacio político que correctamente intuían brindaba la coyuntura frentenacionalista. No obstante, no sobra indicar que la incapacidad de integración de la nueva izquierda a la realidad nacional se encontró también con las barreras que el régimen oponía defensivamente a cualquier intento de escape del control bipartidista.⁴³

Así como en Venezuela, y aún sin contar con un Estado fuerte, la lógica bipartidista cubre el espacio político, aunque con cada vez más frentes de acción que pretenden romper su dominio. Emergen dentro de este contexto movimientos sociales y políticos que buscan la ruptura histórica con la dominación de unos partidos que al decir de Gilhodes, *“funcionan a manera de federación de notable locales. Entonces el partido, como tal, no es un partido de afiliados sino un partido de electores llamados periódicamente a relegitimar estos notables”*.⁴⁴

Esta crisis de legitimidad de los partidos políticos (aunque sería mejor decir, crisis de las etiquetas partidistas) que habían logrado el control del aparato estatal, de sus recursos, decisiones, instancias de gobierno y presupuestos, por las vías clientelares y

⁴² LEAL BUITRAGO, Francisco. *Estado y política*, *Op. cit.*, p. 167.

⁴³ *Ibid.*, p. 170.

⁴⁴ GILHODES, Pierre. *Op. cit.*, p. 93.

corruptas se va a extender hasta la actualidad, en un proceso en el que las salidas que buscan su relegitimación contribuye, por el contrario, a su propia pérdida de estabilidad y a su fragmentación más extrema. Los espacios de representación tradicional, a través de los partidos políticos comienzan a ser ocupados por actores extrapartidistas, como los movimientos sociales, no obstante ser éstos impulsados ya desde comienzos de los años sesentas por los dos partidos tradicionales. Un lugar de la sociedad civil emerge como espacio de visibilidad y reconocimiento de actores sociales excluidos de los procesos políticos, de las tomas de decisión: los movimientos sociales. Frente a estos nuevos escenarios (sin que la palabra *nuevos* dé cuenta de una aparición repentina y sin antecedentes) se desarrollará, como en la Venezuela de los años sesentas una campaña sostenida que busca su desprestigio, su deslegitimación, vinculándolos las más de las veces con los grupos armados que surgen en este mismo período: las Farc y el ELN, principalmente.

Como en Venezuela, en Colombia la búsqueda de alternativas políticas de representación, visibilidad y reconocimiento de actores sociales no partidistas será vista como una afrenta a la democracia bipartidista, como intentos de desestabilizar una democracia que se autoproclama como legítima y fuente de progreso, paz y concordia. No obstante, en Venezuela la crisis de los partidos políticos que comienza a finales de los años setentas va a conducir al surgimiento de proyectos nacionales que logran articularlas y/o cooptarlas, con ayuda de grupos de las clases media y alta (aunque también a pesar de éstas), así como de los medios de comunicación, caso que

no sucede en Colombia. En nuestro país, la defensa del bipartidismo como forma de ordenamiento político, legitimada históricamente, es vista como la única posibilidad de estabilidad en medio de las crisis políticas, sociales y económicas, al menos hasta el año 2002. Los movimientos alternos (social y políticamente) vinculados siempre, desde el discurso de los medios de comunicación con los grupos armados, serán vistos en el otro extremo como sinónimos de desorden, dictadura, violencia e inestabilidad.⁴⁵

⁴⁵ Sobre la postura de los actores sociales de élite, reconocidos como parte integrante de la sociedad civil colombiana, y dentro de éstos, la postura de los medios de comunicación sobre los movimientos sociales y políticos alternos a los partidos políticos tradicionales, el autor de esta investigación realizó una investigación financiada por la Escuela Superior de Administración Pública en el año 2005. En ese trabajo se hizo un análisis del discurso de *El Tiempo* sobre su concepción de la democracia en Colombia, a través de las opiniones publicadas por este diario en los editoriales dominicales. A través de este análisis se pudo constatar cómo el periódico se opuso, durante toda la década de los noventas, a cualquier alternativa no bipartidista como salida a la crisis de legitimidad política de los dos partidos tradicionales. En su oposición a cualquier alternativa se vincula siempre –es un lugar ya común de los medios hegemónicos– a los movimientos sociales con los grupos insurgentes; a los movimientos políticos surgidos de los procesos de paz como el caso del M-19, se les acusa de tener la manos manchadas de sangre, se les recuerda su pasado violento, mientras que a los líderes de los partidos tradicionales se les halaga como ejemplos de solidaridad, respeto de derechos y búsqueda de consenso en medio de las diferencias ideológicas. El Frente Nacional es visto como un ejemplo de pluralidad y respeto de las diferencias; como ejemplo de lucha por la unidad nacional, por encima de las diferencias, como ejemplo de paz y concordia. Por estos motivos, se establece a sus líderes como los

De este modo en Colombia, ningún proyecto alternativo a los partidos será reconocido como legítimo; sus procesos de legitimación estarán marcados por las mismas dinámicas del sistema político colombiano: Por la violencia y por la fragmentación de los partidos políticos⁴⁶, así como por el clientelismo que se extrema a partir

únicos actores legítimos del sistema político colombiano. En Venezuela, por el contrario, los medios de comunicación replicaron el discurso antipartidista y contribuyeron a impulsar alternativas no partidistas. Véase: BLANCO SUÁREZ, Jorge O., *Op. cit.*

⁴⁶ Este proceso de fragmentación partidista alcanza en la Colombia de los años noventa unos niveles “paroxismales”, que se evidencian en lo que el profesor Jesús Molina denomina fenómenos de anti-representación, sub-representación y no representación. Términos que dan cuenta de los efectos causados por la impresionante fragmentación política del país, manifiesta en la inconmensurable cantidad de listas que se presentan en esta década fundamentalmente para los escenarios legislativos locales, regionales y nacionales. Estos fenómenos dan cuenta de la emergencia de nuevos actores sociales que buscan un lugar en los escenarios estatales, pero que gracias a su fragmentación no logran alcanzarlos, perdiéndose con esto miles de votos en todos los niveles territoriales. La fragmentación de las listas fue usada también como estrategia por los líderes políticos tradicionales, sólo que sus maquinarias sí les permitieron, a las mayorías de éstos, alcanzar las curules suficientes para mantener un control hegemónico del poder legislativo fundamentalmente. Al respecto, véase MOLINA GIRALDO, Jesús María, *La representación política en Colombia a finales del siglo XX. Balance de una década*, en: LOZANO AYALA, Alejandro (editor), *IV jornada interdisciplinaria. Hacia una definición de lo público*, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas y Sociales - Escuela Superior de Administración Pública, Bogotá, Facultad de Investigaciones, Bogotá, 2005, pp. 92-114.

del Frente Nacional y por las dinámicas regionales, sectoriales y corporativas de los actores sociales y políticos no partidistas, pero también por la carencia de una unidad nacional o de referentes de unidad nacional, como los existentes en el caso venezolano. De ahí que los proyectos no logren romper los referentes locales, sectoriales y corporativos, para construir referentes nacionales de unidad; de ahí también la fragmentación de las identidades, intereses y proyectos de los movimientos sociales y políticos alternos al bipartidismo, pero también de ahí su autonomía relativa frente al mismo o frente a otros proyectos políticos más amplios como el caso de los grupos armados o de proyectos políticos por la vía partidista o de movimientos políticos.

El logro de hegemonía casi absoluta de los partidos políticos venezolanos, la preexistencia de un Estado central que se ha convertido desde la dictadura del general Juan Vicente Gómez (antes de la consolidación de los mismos), en el referente de las demandas y de la búsqueda de satisfacción de los intereses y necesidades sociales a nivel nacional; en la fuente de solución de las carencias, a través de los recursos que éste controla producto del petróleo; la importancia de líderes carismáticos o caudillos en el imaginario venezolano como motores de unidad y del progreso nacional (aunque también de división y polarización política), marcan el desarrollo del sistema político venezolano aún después de procesos de apertura de la democracia venezolana a finales de los años ochenta.

La nación, el Estado nacional, como entidad representada para la acción política por parte de los distintos actores sociales posibilitan la unidad de los mismos, la

configuración de movimientos sociales de carácter nacional y su movilización, pero también la pérdida de autonomía frente a los líderes de estos proyectos en la sociedad venezolana. En el caso colombiano, la fragmentación social, política, la violencia y la heterogeneidad económica, lo hacen del mismo modo frente al sistema político nuestro. Los movimientos sociales, los partidos políticos y la sociedad civil en Colombia están marcados entonces por nuestra fragmentación y de ahí la debilidad de cualquier actor para constituirse como agente de unidad y motor de transformaciones generales del mismo sistema, con fuerte sustento popular.

En el caso colombiano, como en el venezolano, la democracia vivirá procesos de apertura a finales de los años ochentas. En Venezuela esto se condensa en el proceso de descentralización política y administrativa que permite la elección popular de alcaldes y gobernadores estatales; en Colombia un proceso similar se vivirá, pero con efectos contrarios a los de Venezuela. En este último país, desde mediados de los años ochentas se permite la visibilidad y acceso al control del Estado (desde lo local y lo regional) a nuevos liderazgos que poco a poco adquieren reconocimiento nacional y construyen también proyectos nacionales. El personalismo en la política venezolana, como su historia lo muestra, adquiere dimensiones nacionales, pues la fuente de solución de demandas y conflictos sociales históricamente ha adquirido este reconocimiento: el Estado. En Colombia, aunque formalmente también se abren espacios para nuevas figuras y nuevos movimientos políticos, el efecto no será la constitución desde lo local de proyectos nacionales; la fragmentación social y política, por el con-

trario, se constituirán en el marco de acción de la vida política.

En nuestro país, efectivamente surgen nuevos movimientos, pero como quedó dicho, éstos no gozarán del respaldo de aliados influyentes, salvo excepciones (Antanas Mockus, por ejemplo, quien goza del respaldo de los medios de comunicación y de la clase media) y muy por el contrario, serán vistos como fuentes de inestabilidad, ingobernabilidad, desorden y violencia. Esta fragmentación política adquirirá dimensiones extremas en los años noventa. Los mismos partidos políticos, para no perder su hegemonía desarrollan una estrategia de división interna; avalan listas de movimientos supuestamente autónomos por todo el país. A través de esto logran mantenerse a pesar de la constitución de movimientos políticos autónomos y contradictorios con el sistema político bipartidista. En Venezuela, por el contrario, los líderes de los partidos políticos tradicionales no asumen una estrategia similar y luchan por su unidad y mantenimiento como rectores de la vida política nacional. Salvo las elecciones de 1993, en las que el ex copeiano Rafael Caldera se lanza a la presidencia sin el aval del partido que él mismo ayudó a fundar y mediante la constitución de un movimiento político personalista (Convergencia), el vecino país no vivirá el proceso colombiano de fragmentación interna como estrategia para el mantenimiento del control político, o no tendrán tiempo de hacerlo sus líderes más connotados.

Aparte de la fragmentación como característica histórica de nuestro sistema político, la violencia también marcará el desarrollo de las nuevas fuerzas antisistémicas u opositoras al régimen bipartidista. Estas nuevas opciones políticas que se configuran en

nuestro país a partir de finales de los años ochentas, desde distintos espacios van a ser atacadas: por los medios de comunicación, la clase política tradicional y los grupos paramilitares fundamentalmente. Estas nuevas fuerzas políticas son combatidas políticamente a través de los medios de comunicación y militarmente a través de los grupos paramilitares. Se asesinan líderes de movimientos cívicos⁴⁷ que logran participación a través de la descentralización política y administrativa de finales de los años ochentas; se asesina a la mayoría de los representantes de la UP; se asesina al líder más representativo del M-19 y candidato a la presidencia, Carlos Pizarro; se realizan masacres para debilitar a las nuevas fuerzas. Pero, a pesar de esto, se mantiene la intención de constituir fuerzas políticas capaces de romper con el bipartidismo, hoy dividido en varias fuerzas “independientes”, dirigidas por personas, más que constituidas como partidos políticos propiamente dichos.

En este proceso, el caso colombiano da cuenta de formas de adaptación de las élites a nuevas circunstancias; las divisiones internas, la constitución de empresas electorales, sirven de base para el mantenimiento del control político del aparato de Estado. El personalismo juega un papel importante, como en el caso venezolano, una vez se produce el rompimiento del bipartidismo, pero en nuestro caso éste no

adquiere dimensiones nacionales o, aquellas figuras que logran concentrar la atención y convocar a los electores en su apoyo, tienen que transar con las fuerzas políticas; reproduciendo el clientelismo y sus redes regionales y locales. Incluso la figura de Álvaro Uribe Vélez ha tenido que transar con los gamonales regionales para impulsar su proyecto personalista-paternalista.

En Venezuela, por el contrario, la figura de Chávez ha logrado romper las lógicas partidistas tradicionales, aunque reproduce las formas de dominio de lo estatal. Las fuerzas que lo respaldan siguen con menos inconvenientes sus dictámenes, mientras que en el caso colombiano el trámite clientelar se impone para avalar los proyectos del ejecutivo. A través de la figura de Uribe Vélez, los viejos políticos se mantuvieron, acomodándose a las nuevas circunstancias; en el caso venezolano, las viejas figuras del bipartidismo de Acción Democrática y COPEI han sido desplazadas casi absolutamente del control del aparato de Estado, aunque persisten de manera muy fragmentada.

En nuestro caso esto da muestra de la capacidad de adaptación de la clase política tradicional; en el caso venezolano, de la importancia del personalismo y del caudillismo (aunque también, como se verá más adelante, este proceso da cuenta de la fuerza de las organizaciones y movimientos sociales para cuestionar y poner a tambalear al sistema político del puntofijismo) como motor de la acción de las prácticas políticas y de la incapacidad de las élites del bipartidismo puntofijista para adaptarse a las transformaciones sociales, las crisis económicas y para responder a las nuevas demandas sociales.

⁴⁷ Sobre el proceso de inserción de movimientos cívicos en la política local y las campañas de deslegitimación de las mismas, así como de su exterminio militar, véase MOLINA, Jesús y BLANCO, Jorge, *Op. cit.*, y GARCÍA, Martha Cecilia, “Luchas y movimientos cívicos en Colombia durante los ochenta y los noventa. Transformaciones y permanencias”, en ARCHILA, Mauricio y PARDO, Mauricio, *Op. cit.*, pp. 88-124.

Conclusiones

En este sentido se puede decir que en Venezuela, más que el bipartidismo, un Estado central fuerte económica y políticamente y el personalismo caracterizan el sistema político, mientras que en Colombia son los partidos o la clase política tradicional (paternalista y autoritaria) los que lo caracterizan. Como quedó expuesto atrás, el régimen puntofijista se rompe desde adentro y desde afuera, con el impulso de líderes carismáticos que rompen la disciplina de partido y adquieren visibilidad por sus personalidad, desde el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez.

En el caso colombiano, este personalismo está limitado por las mismas redes clientelistas que se han dividido el territorio colombiano a lo largo de nuestra historia; más que caudillos, son gamonales. En nuestro caso, quien llega al ejecutivo tiene menos probabilidades de imponer sus proyectos. Aunque las clientelas de los gamonales regionales son movilizadas para las elecciones presidenciales con cada vez mayor independencia de la filiación política de los candidatos a la presidencia (esto fue posible gracias al Frente Nacional), una vez el presidente impulsado por éstas se posesiona, vienen las transacciones clientelares por cargos y recursos para la reproducción de las mismas; la gobernabilidad del ejecutivo depende este modo de su habilidad para transar con estas redes clientelistas asentadas en el Congreso, más que de la disciplina de los partidos.⁴⁸

⁴⁸ Sobre estas características del sistema político colombiano, véanse los textos antes citados de Francisco Leal Buitrago (*El sistema político del clientelismo*) y de Fernán González (*Soberanía*

En el caso venezolano, las críticas desde algunos sectores de la sociedad civil replicada por los medios de comunicación más importantes contribuyó a la debacle del bipartidismo; en Colombia, al menos hasta la presidencia de Álvaro Uribe Vélez, los medios de comunicación se constituyeron en defensores a ultranza del sistema bipartidista. Cualquier opción por fuera de éste era vista como negativa. La sociedad civil venezolana jugó un papel importante en la transformación del sistema político venezolano, específicamente dentro del sistema de representación. Los movimientos vecinales en Venezuela fueron, en este sentido, protagonistas de primera, como agentes de cambio, a través de sus movilizaciones, presiones, pero también a través de sus formas diversas de acción. Sirvieron allí para el impulso de nuevos líderes (se ha dicho incluso que el presidente Chávez debe parte de su poder a las campañas antipartidistas de los movimientos vecinales y a la búsqueda de opciones diferentes a las representadas por los partidos del puntofijismo). En el caso colombiano los movimientos sociales han contribuido también en esta dirección, pero sus alcances son mucho más limitados debido a las particularidades de nuestro sistema político y a las formas en que la Constitución de 1991 impactó el actuar de los movimientos sociales y políticos, concentrándolos en lo local y perdiendo de vista lo nacional.⁴⁹ Un clientelismo paternalista y autoritario en Colombia y un caudillismo clientelista en Venezuela se oponen a la autonomía de nuestras sociedades civiles. Si estos elementos son comprendidos por nuestras sociedades civiles y movimientos sociales a lado y lado

popular y crisis del bipartidismo: entre la política tradicional y la política moderna).

⁴⁹ GARCIA, Marta Cecilia. *Op. cit.*

de la frontera, podrá actuarse buscando la articulación política y olvidando la búsqueda de “unidad” que conduce a la subordinación de los actores sociales y políticos.

Referencias

ÁLVAREZ, Ángel. “De la hegemonía partidista a la democracia sin partidos”, en: *Politeia*, vol. 30, No. 30, Caracas, ene. 2003.

HERRERA, Bernardo. “Viejos y nuevos modelos de partidos políticos en Venezuela”, en: *Humanitas, Portal Temático*, No. 11, Instituto de Estudios de la Comunicación, 1999, pp. 205-223.

BLANCO, Jorge Orlando. “La democracia colombiana en el discurso de *El Tiempo*”, en: *Administración & Desarrollo*, No. 45, enero - junio de 2006.

BUSHNELL, David. *Colombia, Una nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos hasta nuestros días*, trad. de Claudia Montilla V., quinta ed., Planeta, Bogotá, 2006.

CORONIL, Fernando. *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*, Consejo de desarrollo científico y humanístico de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 2001.

LÓPEZ, Frank. “La crisis de los partidos y su impacto en el modelo sociopolítico venezolano”, en: *Revista Mañongó*, Universidad de Carabobo, vol. XIV, No. 26, Caracas, enero - junio de 2006, pp. 65-106.

GARCÍA, Martha Cecilia. “Luchas y movimientos cívicos en Colombia durante los ochenta y los noventa. Transformaciones y permanencias”, en: ARCHILA, Mauricio y PARDO, Mauricio. *Movimientos sociales, Estado y Democracia en Colombia*, ICANH - Unal, Bogotá, 2001.

GARCÍA-GUADILLA, María del Pilar. “Politización y polarización de la sociedad civil venezolana: las dos caras frente a la democracia”, en: *Espacio Abierto*, vol. 12, No. 1, Asociación Venezolana de Sociología, Maracaibo, enero - marzo de 2003.

GONZÁLEZ, Fernán. “Soberanía popular y crisis del bipartidismo, entre la política tradicional y la política moderna”, en: AA.VV., *Soberanía popular y democracia en Colombia*, Ediciones Foro Nacional por Colombia, Bogotá, 1994.

GUILLÉN MARTÍNEZ, Fernando. “*La Regeneración, el primer Frente Nacional*”, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1986.

GUILLÉN MARTINEZ, Fernando. *El poder político en Colombia*, Editorial Planeta, Bogotá, 1996.

LANDER, Edgardo. *Neoliberalismo, sociedad civil y democracia: ensayos sobre Venezuela y América Latina*, FACES, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas, Venezuela, 1994.

LEAL BUITRAGO, Francisco. “El sistema político del clientelismo”, en: *Análisis Político*, IEPRI - Universidad Nacional de Colombia, No. 8, septiembre - diciembre 1989.

LEAL BUITRAGO, Francisco. *Estado y política en Colombia*, Siglo XXI editores - CEREC, segunda ed., Bogotá, 1989.

LINCH, Jhon. “Bolívar y los caudillos”, en: AA.VV., *Colombia en el siglo XIX*, Planeta, Bogotá, 1999.

LÓPEZ ALVES, Fernando. *La formación del Estado y la democracia en América Latina*, Editorial Norma, Bogotá, 2003.

LÓPEZ MAYA, Margarita y LANDER, Luis Edgardo. “Novedades y continuidades de la protesta popular en Venezuela”, en: *Revista venezolana de economía y ciencias sociales*, vol. 12, enero - abril de 2006.

LÓPEZ MAYA, Margarita. “La protesta popular venezolana entre 1989 y 1993 (en el umbral del neoliberalismo)”, en: LÓPEZ MAYA, Margarita (editora), *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: Protesta popular en América Latina en los años de ajuste*, Cátedra América Latina (Vicerrectorado Académico - UCV), Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (CEAP/FACES - UCV), Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES -UCV), Nueva Sociedad, Caracas, 1999, pp. 211- 238.

SALAMANCA, Luis. “Protestas venezolanas en el segundo gobierno de Rafael Caldera: 1994-1997”, en: LÓPEZ MAYA, Margarita (editora), *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: Protesta popular en América Latina en los años de ajuste*, Cátedra América Latina (Vicerrectorado Académico - UCV), Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (CEAP/FACES - UCV), Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES - UCV), Nueva Sociedad, Caracas, 1999, pp. 239-264.

PUERTA R., María Isabel. “Aproximación a la crisis de la democracia y de la representación en Venezuela”, en: *Revista Mañongó*, Universidad de Carabobo, vol. 14, No. 26, Caracas, enero - junio de 2006.

MEDINA, Medófilo. *El elegido presidente Chávez. Un nuevo sistema político*, Ediciones Aurora, primera ed., Bogotá, 2001.

MOLINA GIRALDO, Jesús María. “La representación política en Colombia a finales del siglo XX. Balance de una década”, en: LOZANO AYALA, Alejandro (editor), *IV jornada interdisciplinaria. Hacia una definición de lo público*, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas y Sociales - Escuela Superior de Administración Pública, Bogotá, Facultad de Investigaciones, Bogotá, 2005, pp. 92-114.

MOLINA, José. E. “Venezuela (notas introductorias al estudio de los partidos políticos venezolanos)”, en: ALCÁNTARA, Manuel y FREIDENBERG, Flavia (coords.), *Partidos políticos en América Latina. Países Andinos*, Fondo de Cultura Económica - Instituto Federal Electoral, México, 2003.

NÚÑEZ MUÑOZ, Ingrid y PINEDA MORÁN, Nury. “Nuevos partidos, nuevos liderazgos: Primero Justicia”, en: *Cuestiones políticas*, No. 30, IEPDP, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, Caracas, enero - junio de 2003, pp. 45-74.

OCAMPO, José Antonio. *Colombia y la economía mundial (1830-1910)*, Tercer Mundo Editores - Colciencias - FEDESARROLLO, segunda ed., Bogotá, 1998.

ROLL, David. “Colombia”, en: ALCÁNTARA, Manuel y FREIDENBERG, Flavio (coords.), *Partidos políticos de América Latina. Países andinos*, Fondo de Cultura Económica - Instituto Federal Electoral, México, 2003.

SALAMANCA, Luis. “La sociedad civil venezolana en dos tiempos. 1972-2002”, en: *Politeia*, vol. 30, No. 30, Instituto de Estudios Políticos, Universidad Central de Venezuela, Caracas, enero de 2003.